

LA PECULIARIDAD DE LA EXTREMA DERECHA FRANCESA EN EUROPA

PASCAL PERRINEAU

EN EL PRESENTE TRABAJO TRATARÉ DE PRESENTAR LA EXTREMA derecha francesa no desde un punto de vista partidista, sino desde una perspectiva electoral. Hablaré de la amplitud del fenómeno (¿qué revela en cuanto malestar de la sociedad política francesa?) e intentaré identificar su peculiaridad, pues, como es sabido, en el contexto de Europa Occidental e incluso, hasta cierto punto, del mundo occidental, Francia se distingue por tener una extrema derecha electoralmente fuerte desde hace casi 15 años.

Empezaré por referirme a la amplitud del fenómeno. Desde que existe el sufragio universal, es decir, desde 1848, Francia siempre ha manifestado un temperamento de extrema derecha, que algunos califican de derecha nacionalista y otros más de derecha populista. Sea cual fuere su denominación, ésta ha tenido una presencia mucho más intelectual que electoral.

A fines del siglo XIX, bajo la conducción del general Boulanger, hubo en Francia un movimiento de extrema derecha, que algunos califican de manera más exacta como “nacional-populismo”, el cual se apoderó de las urnas y después desapareció tan rápidamente como surgió. Más tarde, en el periodo de entreguerras, tuvo lugar el movimiento de las ligas y de lo que podría calificarse como el esbozo de un fascismo a la francesa. Pero, también en este caso, aunque se hablaba mucho de ello, el éxito en las urnas fue casi nulo. Durante los años veinte y treinta, no hubo en Francia procesos electorales que realmente pudieran llamarse de extrema derecha de tipo fascista. Después de la Segunda Guerra Mundial, por supuesto, la prohibición política que pesaba sobre la extrema derecha era muy severa y durante muchos años no volvió a oírse hablar de ella. Sin embargo, estaba presente en el terreno cultural, en el terreno de las ideas, todo un grupo de novelistas franceses, en particular jóvenes, que se decían herederos de una tradición de derecha nacionalista. Basta pensar en nombres como Jac-

ques Laurent, Michel Deon o Roger Nimier, quienes pertenecían en mayor o menor grado a esta tradición.

Ocurrió, sin embargo, el primer resurgimiento en 1956, con lo que se ha llamado el movimiento "poujadista", un movimiento de protesta de los pequeños comerciantes y artesanos contra el Estado y la concentración de las estructuras económicas que provocaba la marginación y, en ocasiones, la desaparición del pequeño comercio y del artesanado. Este movimiento conjuntó a más de 10% de los electores en los comicios legislativos de 1956 y dos años después desapareció. En 1958, el general De Gaulle hizo volver todo al orden.

Más tarde, en los años sesenta, tuvo un fugaz renacimiento, motivado por el combate en la Argelia francesa. Toda una serie de grupúsculos de extrema derecha defendían la idea de que ese país siguiera en manos de Francia, y la empresa gaulliana de otorgarle la independencia era muy mal vista en esos medios. Pero, también en este caso, la extrema derecha nacionalista que quería retener a la Argelia francesa no obtuvo en las urnas sino entre 5 y 9% de los votos, y más tarde, una vez que Argelia se independizó en 1962, no volvió a hablarse del asunto y la extrema derecha retornó a la oscuridad de la que había surgido.

En 1984, Jean Marie Le Pen, un antiguo diputado poujadista electo en 1956, presentó una lista en las elecciones europeas¹ y, sorprendentemente, obtuvo 10% de los votos. Sin embargo, en ese momento todos los analistas y políticos comentaron que ello no era grave y que lo único que sucedía era que a Francia le había dado "un nuevo ataque de fiebre". A Francia suele sucederle, cada 30 o 40 años, que cae en los brazos de un líder nacional-populista, muy "carismático", como se dice, o como los llamaba uno de mis profesores de ciencias políticas, un "Bonaparte de bazar", término que en mi opinión le sienta muy bien a Jean Marie Le Pen.

Así, se pensó que se trataba de un enamoramiento pasajero y que todo regresaría al orden bipolar de la V República, con la derecha neogaullista y la UDF, por un lado, y la izquierda socialista y comunista, por el otro. Sin embargo, por primera vez las cosas no regresaron al orden bipolar y, desde hace ahora 15 años, la extrema derecha está presente en todos los ámbitos: en el municipal, en el de los departamentos, en el de las regiones y en el nacional en las elecciones legisla-

¹ Como es sabido, en el marco de la Unión Europea, todos los países miembros participan desde 1979 en elecciones europeas con sufragio universal directo.

tivas, en la presidencial y en las europeas. Así, la extrema derecha participa en todos esos comicios, donde suele obtener entre 10 y 15% de los votos, y en el último periodo superó esas marcas. Como es sabido, la última elección presidencial en Francia tuvo lugar en 1995 y fue una verdadera sorpresa que en la primera vuelta Jean Marie Le Pen obtuviera el apoyo de 4.5 millones de electores, es decir, 15% de los votos. Nunca antes la extrema derecha había alcanzado un nivel semejante, quedando unos cuantos puntos atrás de los candidatos más fuertes: Baladour, Chirac (candidato de la derecha clásica) y Jospin (candidato del Partido Socialista), quien obtuvo 23%. Es decir, Jean Marie Le Pen apenas fue superado por el modesto 20% de Jacques Chirac, quien resultó electo en la segunda vuelta.

De esta manera, podemos observar las dimensiones de esta particularidad francesa. Excepcionalidad en el tiempo, pues nunca antes en la historia electoral francesa había logrado implantarse una extrema derecha, pero también excepcionalidad en el espacio europeo, pues en ningún otro país del continente la extrema derecha ha alcanzado tal nivel desde hace mucho tiempo.

Veamos, brevemente, el panorama en la Europa actual. En Gran Bretaña la extrema derecha no existe; es cierto que la hay en el papel, con el British National Front, pero electoralmente no representa sino entre 0 y 0.2% de los votos, a lo que contribuye la modalidad británica del escrutinio mayoritario de una sola vuelta. En lo que se refiere a Alemania, desde hace años los franceses la señalan diciendo que la bestia del nazismo no ha muerto del todo; sin embargo, en términos electorales, la "bestia" es muy débil, pues el único partido congruente de extrema derecha, los Republikaner del señor Schónhuber, que ahora dirige otro líder, representa apenas entre 2 y 4% de los votos. En España sí hay una extrema derecha, pero no en términos electorales, y lo mismo ocurre en Grecia. En Italia, durante mucho tiempo los fascistas (ahora "posfascistas" según su terminología) obtuvieron entre 5 y 8% de los votos y, a fines de los años ochenta y principios de los noventa, ocurrió lo que se ha llamado la segunda revolución italiana, es decir, el estallamiento del sistema político, del sistema de partidos. En ese momento, los fascistas, que estaban convirtiéndose en posfascistas, eran dirigidos por Gian Franco Fini, quien aprovechó la ocasión al percatarse de que la democracia cristiana corrompida había hecho crisis y que se había abierto un espacio político para la creación de nuevas fuerzas, que fueron en efecto creadas: Forza Italia, con Berlusconi, y la Alianza Nacional, es decir, la mutación de los antiguos fascistas en un partido de derecha como los otros, que realizarán un

verdadero *aggiornamento* ideológico y renegarán en mucho del fascismo italiano. Esto hace que hoy exista la Alianza Nacional del señor Fini, la cual se convirtió en un partido de derecha muy importante, y por otro lado los fascistas, dirigidos por un ideólogo, Pino Rauti, quien se encuentra sin embargo en un lugar totalmente marginal. En la Bélgica francesa, el Frente Nacional es un grupo completamente secundario; la extrema derecha tiene una presencia mucho más fuerte en el lado flamenco, en donde existe una antigua tradición nacionalista de tal corte (el Vlaams Block), pero que no está al nivel del Frente Nacional. El único país en donde hoy existe una extrema derecha importante es Austria, con el FPÖ, el partido liberal de Jorg Haider, el cual representa más de 20%, pero cuyas raíces son menos antiguas que las del Frente Nacional en Francia y goza de una situación excepcional, a saber, la del consenso entre la democracia cristiana y los socialistas austríacos, que ha creado un espacio político para toda forma de oposición, cualquiera que sea. De la renovación del partido liberal surgió la oposición bajo el liderazgo de un joven político, Jorg Haider, con afinidades que podríamos calificar de neonazis.

Vemos, así, que la situación en Francia constituye una excepción, lo cual plantea problemas ciertamente más difíciles que en otras partes, pues Francia se presenta a menudo como la “madre de la democracia”, como un “ejemplo” que se ha dado históricamente al mundo, como la “patria de los derechos del hombre”.

Para tratar de comprender esto es necesario hacer una rápida radiografía: ¿quiénes son esos millones de electores que votan por el Frente Nacional?

Me plantearé tres órdenes de preguntas: primero, ¿quiénes son en términos sociológicos? ¿Qué nos enseña su sociología? Segundo, ¿en dónde viven?, porque la geografía, el terreno en el que se asientan es muy revelador de las disfunciones de la sociedad francesa que nutren el Frente Nacional. Y, por último, ¿qué los motiva?

Respondamos la primera pregunta: ¿quiénes son? Muchos observadores suelen contestar con rapidez: “la extrema derecha es la derecha llevada a su extremo”. Sin embargo, esto es falso. En Francia, el electorado tradicional de derecha es un electorado femenino, de edad madura, más bien burgués o de clase media y casi siempre religioso, católico practicante. La extrema derecha es casi lo contrario de ese electorado y, sociológicamente, no es de ninguna manera la derecha llevada a su extremo. Es más bien un espacio entre la derecha y la izquierda, a veces –sobre todo en el último periodo– con características que lo acercan más al electorado de izquierda.

Entonces, ¿quiénes son? Desde un punto de vista demográfico, es un electorado más bien joven. A la pregunta: “¿cuál es el electorado del Frente Nacional?”, muchos franceses responden: “es un electorado de la tercera o de la cuarta edad, que siente nostalgia por la Francia de Vichy”. Pero este electorado de la cuarta edad no tiene mucho peso y, además, en Francia no existen al parecer muchos nostálgicos del régimen de Vichy, pues éste no dejó precisamente muy buenos recuerdos. Por el contrario y, de hecho, de manera constante desde 1984 hasta nuestros días, el rango de edad que es más hostil al Frente Nacional son las personas mayores. ¿Por qué? Porque ahí opera la memoria histórica, el sistema de prohibiciones que se aplicó después de la guerra. El fascismo o todo lo que pudiera recordarlo es rechazado. Entre los jóvenes de hoy esa prohibición se ha esfumado y ellos se han vuelto una constante del Frente Nacional.

Jean Marie Le Pen, quien consiguió 15% en la última elección presidencial, representa 18% de los votos de la juventud, y entre los jóvenes que buscan empleo alcanza 20 o 25%. Se trata entonces de un electorado joven. El electorado del Partido Comunista francés solía ser muy joven, pero hoy en día está compuesto sobre todo por personas de la tercera edad, es decir, es un electorado que poco a poco dejará de renovarse. El del Frente Nacional, por el contrario, tiene un gran porcentaje de jóvenes.

Segunda característica: es un electorado masculino. El mensaje un tanto machista de Jean Marie Le Pen, un mensaje de una virilidad extremadamente agresiva, no tiene mucho éxito entre las mujeres francesas y, en particular, entre las jóvenes, que defienden lo que una de mis colegas llama el “feminismo ordinario”, es decir, todas esas conquistas en el terreno de la igualdad en las condiciones de trabajo o en la cuestión del aborto y de los anticonceptivos, que se consideran triunfos logrados en los años setenta y sobre los cuales las mujeres no desean que se dé un paso atrás.

Ahora bien, a ese respecto, la extrema derecha tiene un discurso sumamente tradicionalista; a saber, que las mujeres deben regresar al hogar, de donde nunca debieron haber salido. Por tanto, es claro que ese mensaje no consigue entre las mujeres sino una respuesta mínima, y por ello Jean Marie Le Pen tiene siete puntos más entre los hombres. Precisamente entre los hombres y, sobre todo, entre los jóvenes con bajo nivel de estudios, su efecto es demoledor. Cuando uno habla con esos jóvenes se da cuenta de que lo que los ata al voto lepenista no es una motivación ciertamente política. El malestar que motiva el apoyo a Le Pen es más que nada cultural. Esos jóvenes nos dicen: “to-

do es un relajo, ya no hay autoridad, no conocí a mi padre”. Este discurso de la pérdida de rumbo y de demanda de autoridad corresponde a las grandes tendencias de nuestras sociedades, en donde el desarrollo de la familia con un solo jefe, la desaparición de la imagen del padre, crea, particularmente entre los hombres con pocos estudios, un profundo malestar y una búsqueda de autoridad vertical. Jean Marie Le Pen representa para esos jóvenes algo mejor que lo que ofrece la mayoría de los líderes, a saber, esa autoridad vertical, ese rumbo definido.

Tercera característica, la cual ha evolucionado en el curso de los últimos 15 años: el origen social. Al inicio del periodo, en los años ochenta, este electorado era interclasista, es decir, tenía raíces en todos los medios sociales, con un vínculo tradicional con el comercio y la artesanía. Esta característica no es original; todas las fuerzas nacional-populistas o neofascistas francesas han tenido siempre un grado de aceptación considerable entre el mundo de la pequeña y mediana empresa, en el mundo del comercio y del artesanado. En los años ochenta, Le Pen obtuvo allí 20% de sus votos; pero, a fines de los ochenta y principios de los noventa, la derecha tradicional recuperó a muchos electores del comercio y del artesanado que se habían alejado y votado por Le Pen. Entonces ocurrió que esos electores, cuyo origen solía ser de derecha y pertenecían a la clase media, fueron reemplazados masivamente –y ésta es una auténtica novedad– por personas del medio popular. Es decir que hoy en día, la extrema derecha francesa es la primera fuerza política y electoral en el medio obrero: 30% de los obreros franceses votaron por Le Pen, 25% de desempleados y 20% de empleados. Se da por primera vez un verdadero encuentro electoral entre el medio del taller y el fabril, dos ámbitos sociológicos que durante varios decenios estuvieron muy ligados a la izquierda.

Los sociólogos y politólogos que trabajan en mi centro elaboraron un indicador muy simple relativo a la pertenencia a un medio social. Por ejemplo, si yo tengo un puesto directivo, y mi padre y mi esposa también tienen cargos de dirección –lo cual es mi caso–, tengo entonces tres atributos, tres posiciones directivas, lo que significa, en la clasificación francesa, que pertenezco verdaderamente al medio “directivo superior”. Pero si tengo un puesto ejecutivo, mi padre es obrero y mi madre es empleada, tengo un solo atributo de directivo. Así, este indicador permite identificar la mayor o menor pertenencia a un medio.

En las encuestas poselectorales observamos que el voto por Le Pen fue bajo entre quienes no tenían ningún atributo obrero y que aumentaba cuando se tenía un atributo, más aún con dos atributos,

hasta alcanzar su máximo entre quienes tenían tres, es decir, los que estaban en el corazón de la clase obrera. En este grupo, Le Pen obtiene porcentajes que llegan a representar la tercera parte.

La cuestión del Frente Nacional no es un asunto que competa únicamente a la derecha, un asunto entre la extrema derecha y la derecha clásica. La cuestión de la extrema derecha francesa no se le plantea solamente a la derecha por medio de posibles alianzas, sino que también se le plantea a la izquierda. Porque, ¿qué piensa la izquierda de esos electores populares que son atraídos por el Frente Nacional? ¿Acaso considera que los ha perdido en cuerpo y alma y que es inútil intentar alguna estrategia de reconquista? ¿Acaso la izquierda francesa no hace sino dolerse por la pérdida de su base popular mientras se convierte en un partido de cuellos blancos, en un partido de directivos? ¿O bien se plantea el problema de la reconquista de esos electores? En tal caso, sería preciso que volviera a establecer un diálogo con ellos, que escuchara lo que les preocupa, lo que expresan como síntomas de malestar respecto a la sociedad y el sistema político francés, y sobre eso, hay que decirlo, la izquierda tiene sus dudas.

Última característica sociológica: ¿es un electorado católico? En Francia, por supuesto, la mayoría de las personas son católicas, pero cada vez menos practicantes. Es un catolicismo de pertenencia, porque la persona es bautizada, pero no se traduce en una práctica religiosa. Y aquí vamos de sorpresa en sorpresa, porque cuando observamos los medios en los que el voto por el FN es más bajo, vemos que se trata de los católicos practicantes regulares, es decir, los que van a misa todos los domingos. Esto muestra que los católicos integristas que están muy ligados al voto por el FN no tienen peso en términos cuantitativos. En Francia, los electores católicos practicantes regulares se sienten mucho más cercanos al mensaje de tolerancia que predicán los obispos franceses, que a los llamados al odio de los católicos integristas. En contraste, los medios en los que el FN obtiene sus mayores puntajes son los que no tienen religión y, por ende, los católicos declarados pero que no practican su religión.

Esto es lo que podemos decir sobre la radiografía de esos electores. Ahora hablemos de la geografía: ¿dónde viven?

El mapa de la implantación del voto en favor del Frente Nacional en Francia es sorprendente. No es ni de izquierda, ni de derecha, ni de extrema derecha. Es un mapa que no tiene ninguna coherencia política. Encontramos regiones de izquierda, como el norte del Pas de Calais, el cinturón rojo parisino y la Provenza; y regiones de derecha, como el este de Francia, o Alsacia y Lorena. Algunas regiones de izquierda no se

encuentran (el suroeste), como tampoco se encuentran algunas regiones de derecha (Bretaña). Pero el mapa del Frente Nacional tampoco es un mapa de extrema derecha: el mapa de la extrema derecha en los años 1954-1956, que fueron testigos de la penetración del poujadismo, era el mapa de una Francia rural, básicamente el este y el suroeste del país, una Francia donde hoy en día el Frente Nacional es débil.

De esta manera, la Francia del Frente Nacional no tiene coherencia política, pero sí una fuerte coherencia social. En primer lugar, es la Francia de las grandes concentraciones urbanas. El Frente Nacional es, mucho más que otras fuerzas, la expresión política de una urbanización extremadamente rápida y relativamente caótica. En segundo lugar, es la Francia del incremento de la pequeña y mediana inseguridad. Si bien la delincuencia grave no ha aumentado en Francia desde los años sesenta, la pequeña y mediana delincuencia sí se ha elevado de manera alarmante desde los setenta, particularmente en las zonas urbanas. Ante esto, el Frente Nacional se presenta como el verdadero partido de la seguridad, es decir, un partido que incorpora el problema de la seguridad pública al escenario político, cuando los otros partidos consideraban que era una cuestión sin importancia. En cierta forma, el FN de los años ochenta es lo que los politólogos anglosajones llaman *a one-issue oriented movement*, un movimiento de un solo asunto, que gira en torno a la preocupación por la ley y el orden, por la seguridad. Y el gran problema es que los partidos del gobierno, sean de izquierda o de derecha, durante muchos años ignoraron casi por completo la seguridad. Cuando escuchamos a los electores del FN, nos percatamos de que para ellos el concepto de inseguridad abarca aspectos muy diversos; la inseguridad es, a la vez, que les roben el auto-estéreo, la motocicleta o el automóvil, que sean objeto de una agresión, pero es también el aumento de los comportamientos inciviles en las sociedades occidentales. Es lo que todos los sociólogos anglosajones y franceses llaman "la sociedad incivil".

¿En qué consiste la incivilidad? Es la aparición de comportamientos que no son punibles por ley, pero que las personas fragilizadas (por la edad, la condición económica, el desempleo) perciben como conductas agresivas. Tal es el caso, por ejemplo, de que un joven no ceda el paso a una persona anciana al subir al camión, que se precipite hacia el asiento y se acomode de manera ostensible, poniendo los pies sobre el asiento de enfrente. Ese tipo de comportamientos contribuye a la propagación del sentimiento de inseguridad.

Lo mismo ocurre con la degradación en materia de educación, como son por ejemplo las conductas agresivas que tienen ciertos jóve-

nes hacia las mujeres. La mujer ya no está protegida por barreras morales; es un ser como cualquier otro, que puede recibir insultos sobre su físico o su comportamiento, igual que todos los demás.

La inseguridad es todo eso. Es decir, que no basta con poner policías en las calles, pues no resuelve el problema profundo de la incivilidad, que muchos electores perciben como el principal vector de la inseguridad. De esta manera, en el voto por el FN se manifiesta un malestar urbano y un sentimiento de inseguridad.

El tercer terreno en el que prospera el apoyo al FN es la Francia de las grandes concentraciones de población extranjera. En efecto, en el proceso de industrialización nacional, muchos extranjeros llegaron al norte, al este, al sureste del país, donde estaban las industrias tradicionales: carbón, acero, textiles.

Francia no descubrió la inmigración en nuestros días. Francia es un antiguo país de inmigración; todos o casi todos nosotros tenemos antepasados inmigrantes. El problema es que, hasta hace poco, el país tenía un modelo de integración sumamente ambicioso, mucho más ambicioso que el de nuestros vecinos europeos; era el famoso modelo de integración republicana. Los extranjeros debían integrarse a la cultura francesa, debían convertirse en ciudadanos franceses perfectos; si bien podían conservar su particularidad cultural en el espacio privado, de ninguna manera podían reconocer su cultura o su comunidad en el espacio público. Este modelo era contrario a cualquier forma de multiculturalismo. El republicano era un gran modelo, increíblemente ambicioso; un modelo que integró a poblaciones armenias, judías, italianas, portuguesas, etcétera.

Pero ese modelo de integración republicana funcionaba porque había empleos que lo permitían. Yo nací en una región de inmigración italiana, en el este de Francia, a la cual llegaron los italianos para aportar brazos a la industria siderúrgica francesa. Pero, ¿cómo se integraban estos italianos que venían del sur de Italia, es decir, de la Italia pobre? Lo hacían por medio del trabajo; tenían un empleo y, muy a menudo, también las mujeres lo tenían; los hombres trabajaban en la industria, las mujeres en el servicio. Así, en una sola generación las personas eran integradas. Sin embargo, hoy en día ya no hay empleos.

El segundo pilar de la integración era el ejército y el servicio nacional. Ahora bien, el ejército de conscriptos va a desaparecer en Francia, pues el presidente Jacques Chirac decidió convertirlo en un ejército de carrera, por razones del todo comprensibles. Por tanto, este segundo pilar de la integración, que ya estaba bastante debilitado, ha desaparecido.

Ya no hay empleos, ya no hay ejército, queda la escuela; la escuela a la cual se exige todo lo imaginable, es decir, todo lo que las familias no hacen, todo lo que las empresas no hacen, todo lo que el ejército ya no hace. El sistema escolar francés está sometido a una presión y a una serie de demandas que no son razonables. La escuela no puede ser el único vector de la integración de los extranjeros. Por otra parte, estos problemas se acentúan por el hecho de que ahora la inmigración ya no proviene esencialmente de Europa, sino de África: de la del norte y de la África negra. La distancia cultural entre el país receptor y los países que proveen mano de obra es, por definición, más grande que la que había, aunque antes también existía esa distancia con los mineros polacos que llegaban a Francia, o los italianos que venían a trabajar al este del país. Existe, entonces, el problema de la gestión de una alteridad cultural que el modelo republicano francés está mucho menos capacitado para manejar que el modelo multiculturalista anglosajón. Por ello no basta con repetir "integración, integración" o "integración republicana". Yo diría incluso que, dado que el modelo de integración republicana no tiene ya los medios para satisfacer sus ambiciones, puede llegar a convertirse en un obstáculo.

Los franceses no saben manejar la integración de los extranjeros con un modelo que tenga un poco de multiculturalista; son incapaces de ello, ya sean de izquierda o de derecha. De aquí el grave problema para enfrentar la inmigración africana, otro elemento del que no se ha hablado lo suficiente. En la actualidad, ningún país europeo tiene que hacer frente a una población inmigrante con la que estuvo en guerra hace 30 años. Los alemanes no pelearon contra los turcos ni los belgas contra los marroquíes. Por el contrario, entre 1954 y 1962, los franceses tuvieron guerras breves con Túnez y con Marruecos, y una muy prolongada, durante estos mismos años, con Argelia, la cual dejó huellas en la memoria colectiva. En la relación que tienen los franceses con los inmigrantes está presente el fantasma de la guerra con Argelia, lo que hace más complejo el problema de la integración, dado que actualmente la población inmigrante más importante en Francia es la argelina.

El apoyo al FN tiene cierta relación con la presencia de esta población extranjera y, más particularmente, con la de origen musulmán. Desde el punto de vista estadístico, en los departamentos existe una correlación muy fuerte entre el voto por la extrema derecha y la presencia de población extranjera; esta correlación disminuye en los cantones (Francia está dividida en cuatro mil cantones) y desaparece en las 36 000 comunas. La interpretación de esto es muy interesante. La población extranjera estructura el apoyo al FN por un efecto indirecto.

to, un efecto de halo. Para que haya muchos votos para el FN es necesario que haya extranjeros en los alrededores, aunque no necesariamente en el espacio inmediato. Encontramos aquí los antiguos mecanismos que Jean Delumeau, el historiador del miedo, sacó a la luz. Es decir, tememos aquello que no percibimos directamente, pero cuya presencia adivinamos en las inmediaciones de nuestro barrio, de nuestra comuna, de nuestro distrito. Y aquí constatamos que Le Pen, quien utiliza en forma demagógica este miedo al otro, comprendió muy bien el mecanismo.

En la encuesta que se realizó en Francia sobre la percepción del otro, observamos que los grupos más rechazados son los magrebíes (se ve aquí la herencia de la guerra con Argelia); después, los gitanos, los que viajan, a los que se teme por ser nómadas en una sociedad sedentaria; luego, los beurs (jóvenes de origen magrebí), y por último, los homosexuales.

En todos los grupos, sin excepción alguna, los electores de Le Pen son los más heterofobos, los más racistas. Como vemos, esto sobrepasa el racismo y la xenofobia; se trata de heterofobia. Es claro que nos encontramos con un mecanismo que Adorno describió muy bien en los años cincuenta: el mecanismo de la heterofobia, de la personalidad heterofóbica.²

Con esto hemos dicho todo en cuanto al terreno donde florece el apoyo al FN. Ahora veamos qué es lo que lo motiva. Cuando se pregunta a los electores del Frente Nacional (que son franceses como cualesquiera otros): “¿qué es lo que más les preocupa?”, responden, como todo el mundo, “el desempleo”. Sin embargo, después de esto, los franceses suelen mencionar la preservación de la seguridad social, la lucha contra la exclusión, es decir, contra la aparición de manchas de pobreza importantes en la sociedad francesa, mientras que los electores del FN ponen en primer plano la inmigración y la seguridad. Aquí aparece una verdadera estructura de motivación particular. Vemos que, en el fondo, el apoyo al FN es en cierta forma un voto por asuntos. Es decir, se trata de un movimiento que en un principio no era un verdadero partido; un movimiento que se maneja en el escenario político de los asuntos a los que los partidos del gobierno no prestaron atención, a saber, la inmigración y la seguridad. Poco a poco esta especie de grupo de presión en pro de la seguridad y antiinmi-

² T.W. Adorno *et al.*, *The Authoritarian Personality*, Londres, Harper and Row, 1950.

grante se convierte en un verdadero partido. Esto es en lo que actualmente se está convirtiendo, al desarrollar un auténtico programa de política de defensa nacional, de política exterior, de política social y económica, mediante el cual intenta comunicarse con su electorado. Es decir, trata de desarrollar una política económica y social de tintes socializantes. Así, por ejemplo, propone un alza masiva del salario mínimo, defiende ciertos aspectos del servicio público, e intenta atraer al electorado popular mediante propuestas de mayor alcance.

De igual forma, en el último periodo vemos que, además de la inmigración, la seguridad y el desempleo, aparecen otros dos puntos. Existen dos asuntos en los que el discurso de Le Pen encuentra una respuesta cada vez más amplia: el rechazo a la construcción europea de Maastricht, es decir, a la unión monetaria y, en segundo lugar, la defensa de los valores tradicionales.

En un país como Francia, con una cultura estatal muy fuerte y en donde, mucho antes de la Revolución de 1789, el Estado estaba en el corazón del sistema, de las representaciones y las expectativas, existe hoy un malestar respecto a la globalización y a la crisis del Estado benefactor. Al confrontar la internacionalización y la globalización, el Estado francés se encuentra mucho menos preparado que la mayoría de sus vecinos europeos. El malestar, el sentimiento de pérdida de rumbo, la angustia entre los medios populares, que ven al Estado como un Estado muy protector, son enormes, y lo que en cierta forma dio su fuerza a Francia después de la guerra, cuando el desarrollo económico y social se logró bajo la égida de un Estado intervencionista, puede hoy convertirse en un obstáculo, pues el Estado francés ya no cuenta con medios con que realizar sus ambiciones, está menos preparado culturalmente que muchos de sus vecinos, y está siendo llevado por los vientos de la internacionalización y la globalización. Tocamos aquí un punto muy profundo de la cultura política francesa y sobre el que no hay respuesta a corto plazo. El "duelo", para retomar la expresión psicoanalítica, por el centralismo del Estado francés es necesariamente muy severo, y de éste se nutre el Frente Nacional.

Traducción de LORENA MURILLO S.